

La gran experiencia

Todos los peregrinos confiesan que han llegado a Medjugorje atraídos por un imán misterioso, un anhelo profundo, una sed de un encuentro con la Reina del Cielo. Se trata de una gracia extraordinaria, que nos llega del Corazón abierto de Jesús.

Es su deseo que el encuentro con su Madre dé inicio a una nueva vida de profunda unión con él y con ella. Durante estos días de permanencia en el valle donde se respiran aires de fe, el peregrino ve con meridiana luz el rol de María en la misión salvadora de su Hijo. Llena del Espíritu Santo desde la Anunciación hasta la muerte le está unida en la obra de la salvación del mundo.

El Vaticano II (LG 60-65) nos dice que ella “concibiéndolo [a Jesús], engendrándolo, presentándolo al Padre en el Templo, sufriendo con su Hijo en la cruz coopera de un modo totalmente singular a la obra del Salvador con obediencia, fe, esperanza y ardiente caridad para restaurar la vida sobrenatural en las almas. Por ello es madre nuestra en el orden de la gracia”.

Particularmente son muy apropiadas para los peregrinos en Medjugorje estas palabras del Concilio: “María, creyendo y obedeciendo engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre... dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf Rom 8,29), esto es, a los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno”.

Desmenecemos esta doctrina:

María es Madre de Jesús.

Jesús es el primer hijo de María.

Jesús el primogénito entre muchos hermanos. Todos somos hermanos de Jesús.

Todos los hermanos son concebidos, engendrados y dados a luz por la misma madre.

Nosotros, como hermanos de Jesús, nos formamos espiritualmente en el seno virginal de María, con sus gracias y amor materno.

Estas ideas pueden ser unos conceptos fríos.

Pero, y ahí está la gracia extraordinaria, pueden ser una experiencia profunda que transforme totalmente nuestras vidas. Experimentaremos que la presencia misteriosa de María nos envuelve como un seno caliente de fe y de amor. Nos iremos conformando con Jesús, nuestro hermano mayor.

Pero Jesús es fruto de María y el Espíritu Santo, que la cubrió con su sombra. También nosotros renaceremos del Espíritu Santo y María. El Espíritu nos hará semejantes a Jesús con sus gracias. San Pablo las enumera: *amor, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, dulzura y dominio de sí mismo* (Gal 5.22).

Otra gracia de María será el amor humano convertido en divino, en caridad. Nuestro corazón vivirá un amor. *El amor es paciente, es bondadoso, el que ama no tiene envidia, no es presuntuoso ni orgulloso, no es grosero ni egoísta, no se irrita, no se venga, no se alegra de la mentira, antes bien se goza en la verdad, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta* (1Cor 13,4-7).

Si en estos días entramos en el Corazón de la Madre, experimentaremos una transformación interior profunda.

Nos sentiremos libres. María rompe las cadenas que nos atan a las cosas. Nada nos impide ir a Dios. Las realidades del mundo, que a tantos esclavizan, no tienen poder de seducción para el que ha nacido de María.

Viviremos con una gran paz. Nada nos perturba. Las contrariedades de la vida, las miserias de la vivencia humana, el desgaste de la vitalidad corporal o síquica, tampoco nos roban la paz. Podemos decir con San Pablo: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿la angustia? ¿la persecución? ¿el hambre? ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? Estoy seguro que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles... ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro* (Rom 8, 35-39).

Una gran alegría. San Pablo dice que en el cielo *estaremos con el Señor*. Sta. Teresita dice: “Dado que yo estoy con Jesús, estoy en el cielo”. Lo mismo pasa al que tiene el don de la presencia de Jesús y María en su vida.

El que siente que María ha hecho de su Hijo el gran tesoro de su vida, se vuelve misionero/a. Necesita gritar el gozo del encuentro con la Madre, habla con ilusión. Su testimonio conmueve.

Esa profunda experiencia del encuentro con la Virgen, hará que los dos corazones, el suyo y el nuestro tengan el mismo latido, vivan al unísono, sean dos vidas fundidas en una sola: la de Jesús.

Para tener esta experiencia profunda necesitamos mucha plegaria, mucho silencio, vivir en un profundo recogimiento.

Si la Reina de la Paz nos agracia con sus gracias maternas y nos hace entrar en su seno sobrena-

tural, nacerá en nosotros un anhelo profundo de santidad. Haremos de Jesús nuestro grande amor.

San Juan de la Cruz nos habla de alma enamorada: “Tan solícita anda el alma que en todas las cosas busca al amado: en todo cuanto piensa, luego piensa en el amado, en cuanto habla, en cuantos negocios se le ofrece, luego es hablar y tratar del amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquier cosa, todo cuidado es en el amado” (Noche oscura cap. 19, 29).

Eso desea y anhela la Madre. ¿Para qué ha venido a Medjugorje? Para darnos a Jesús. Esa es su misión.